

ENCARNAR LA PALABRA

ORACIÓN E ITINERARIO ESPIRITUAL MARIANISTA

**Enrique Aguilera, SM
José María Arnaiz, SM**

**Servicio de Publicaciones Marianistas
Madrid
1998**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
PRIMERA PARTE: LA ORACIÓN EN EL CAMINO MARIANISTA	
Introducción: Nuestros Fundadores, maestros de oración	7
Caminos de oración	
Padre Chaminade maestro de oración, Madre Adela mujer de oración	
Una espiritualidad para hoy y una oración para hoy	
Capítulo 1: El camino cristiano	9
1. Un punto de partida: la iniciativa del Padre	
2. Un hito central de este camino: encuentro con el Padre en Jesucristo	
3. Un encuentro en el que recibimos el don del Espíritu	
Capítulo 2: El camino marianista	12
1. El punto de partida del camino marianista	
Una experiencia intensa de fe	
La experiencia concreta de misión	
La iniciación en el sistema de virtudes	
Una rica experiencia de encuentro con María	
2. El objetivo del camino marianista	14
De un centrarse en sí mismo a un centrar la propia vida en Cristo	
De las palabras y la teoría a la experiencia	
De la fe a la caridad	
De la promoción humana a la acción evangelizadora	
Del proyecto a la realización	
3. Las dimensiones de este camino	16
Dimensión de iniciación	
Dimensión de purificación	
Dimensión de consumación y plenitud	
4. El núcleo o hilo conductor de este camino	19
5. Algunos elementos de una pedagogía espiritual marianista	19
Es una pedagogía en la libertad	
Es una pedagogía evolutiva	
Es una pedagogía que cultiva la virtud, o dinamismo interior	
Es una pedagogía de la acogida del don y del compartir el don	
Es una pedagogía de la integración y de la comunión	
Capítulo 3: La oración marianista	23
1. Los motivos de nuestra oración	
2. Algunas características de nuestra oración	
Conclusión de la primera parte: El por qué de una propuesta	28

SEGUNDA PARTE: UN CAMINO MARIANISTA DE ORACIÓN**Introducción: Visión de conjunto y orientaciones 29**

1. Significado y estructura global
2. Cómo situarse y vivir cada etapa o dimensión del camino

PRIMERA SECCIÓN: EL PLAN DEL PADRE

Capítulo 1: Escuchar la llamada 36

1. Lo que yo creo
2. Para hacer el camino
3. Caminos de oración
4. Un tiempo para la Palabra
5. Un tiempo para el carisma marianista
6. Orando en el camino

Capítulo 2: Poniéndonos en camino 55

1. Lo que yo creo
2. Para hacer el camino
3. Caminos de oración
4. Un tiempo para la Palabra
5. Un tiempo para el carisma marianista
6. Orando en el camino

SEGUNDA SECCIÓN: LA MISIÓN DEL HIJO

Capítulo 3: Para ser como Jesús 72

1. Lo que yo creo
2. Para hacer el camino
3. Caminos de oración
4. Un tiempo para la Palabra
5. Un tiempo para el carisma marianista
6. Orando en el camino

Capítulo 4: Con la comunidad 89

1. Lo que yo creo
2. Para hacer el camino
3. Caminos de oración
4. Un tiempo para la Palabra
5. Un tiempo para el carisma marianista
6. Orando en el camino

Capítulo 5: Haciendo lo que él nos diga 107

1. Lo que yo creo
2. Para hacer el camino
3. Caminos de oración
4. Un tiempo para la Palabra
5. Un tiempo para el carisma marianista
6. Orando en el camino

TERCERA SECCIÓN: LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Capítulo 6: Vivir de la fe	122
1. Lo que yo creo	
2. Para hacer el camino	
3. Caminos de oración	
4. Un tiempo para la Palabra	
5. Un tiempo para el carisma marianista	
6. Orando en el camino	
Capítulo 7: Con María	144
1. Lo que yo creo	
2. Para hacer el camino	
3. Caminos de oración	
4. Un tiempo para la Palabra	
5. Un tiempo para el carisma marianista	
6. Orando en el camino	
Conclusión: Y la Palabra encarnada dio su fruto	163

PRESENTACIÓN

Presentamos algo más que un libro

Este libro es una guía para aprender a orar. Al presentarlo, queremos ofrecer un instrumento para progresar cada día en la oración.

Este libro puede servir para la oración personal y para la comunitaria. Servirá para evaluar nuestro crecimiento en el camino de fe, para hacer un buen retiro y para habituarnos a comenzar y terminar la jornada en la presencia del Señor.

Está escrito para gente que vive en un mundo donde se nos recuerda que es complicado, y a veces difícil, creer, amar, esperar y, por tanto, orar. En ese mundo nos ayudará a confesar que Dios se ha comprometido realmente con nosotros, a sentirnos amados por el Padre y a hacer desaparecer el miedo. En fin, a abrirnos al servicio a los demás y ser fieles a la vocación marianista.

Encarnar la Palabra no es un libro para leerlo una vez y dejarlo luego olvidado. *Es un vademécum en nuestro camino de oración* (vade-mecum = anda conmigo), una guía que nos acompañará en cada jornada. En el silencio se entenderá mejor que en el bullicio, pero en un silencio que lleve a la escucha y a la disponibilidad generosa del servicio.

Es un libro que orientará la vida de oración del marianista que entra en la escuela de la espiritualidad vivida y propuesta por el Padre Chaminade y por Madre Adela. Así llegará a ser un fiel discípulo de Jesús.

Es un libro para los y las marianistas

Encarnar la Palabra se ofrece a todos los marianistas (religiosos y laicos) que se inician en la oración y quieren orar desde lo que son y desde lo que hacen, desde su espiritualidad y su misión. Ellos son los principales destinatarios.

En este libro *no se quiere hablar tanto de oración, como de personas en oración, de verdaderos orantes*. Al prepararlo, se ha pensado en los marianistas que quieren centrar su vida en Jesús y compartir los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y que se han dado cuenta de que para ello necesitan saber orar y no cansarse de orar.

Es un libro para mujeres y hombres *que quieren hacer un camino de oración* y están decididos a dar los pasos necesarios para ello porque se sienten llamados por el Señor.

Es un libro para hombres y mujeres *que pueden hacer ese camino de oración*, ya que viven de una espiritualidad que los motiva y orienta a caminar en esa dirección.

Es un libro de los y las marianistas

Quienes lo han trabajado también son marianistas. Han buscado inspiración en la Biblia, en los dos Fundadores, en la tradición, y han

encontrado un camino espiritual y un camino de oración, y lo ofrecen a todos los marianistas y también a todos los hombres y mujeres de hoy. En otras palabras, han recogido y ordenado una experiencia hecha, la han formulado, y ahora la presentan a los demás para que el bien se multiplique.

Quienes han trabajado en la elaboración de este libro han descubierto que la espiritualidad es un elemento importante de las familias eclesiales; y en toda espiritualidad se encuentra la propuesta de un camino de oración.

Desde el interior de la espiritualidad marianista ponen de relieve que se ora para para que Jesús sea formado en nosotros. A eso apunta y conduce este camino de oración que se propone.

Saben que son muchos los que buscan una ayuda espiritual para encontrar a Dios, y vivir con Dios desde las circunstancias que les ofrece la vida y la cultura moderna.

Confiamos que este libro ayude a vivir con serenidad y renovada energía la vocación marianista. Pero su efecto no será mágico: para que produzca buen fruto, este libro hay que gustarlo poco a poco, asumirlo con creatividad y ponerlo en práctica en el día a día.

Enrique Aguilera, SM

José María Arnaiz, SM

PRIMERA PARTE

LA ORACIÓN EN EL CAMINO MARIANISTA

Introducción: Nuestros Fundadores, maestros de oración

El Padre Chaminade se preocupó de iniciar a sus seguidores en la oración, y de formarlos en la oración. Para ello ofreció a los marianistas motivación y orientación. Les hizo gustar la oración.

El Fundador quiso hacer de cada marianista un misionero. La tarea fundamental de su vida fue reavivar, renovar y multiplicar la fe. Inculcó en las religiosas, los religiosos y los laicos una gran pasión para gastar sus fuerzas a fin de que el Reino de Dios llegase a la sociedad francesa de su tiempo. Sabía muy bien que la audacia apostólica es fruto de la oración. Por eso trató de formar hombres y mujeres de oración.

Caminos de oración

Hay un solo Evangelio pero son muchas y variadas las formas de vivirlo. Las diversas "escuelas de espiritualidad" recogen y presentan diferentes modos de vivir el misterio cristiano. Una "escuela espiritual" es un conjunto de pensamientos, doctrinas, prácticas y actitudes que el fundador de la misma deja en herencia, y que poco a poco se transforma en doctrina y pensamiento, en vida y acción de quienes se convierten en discípulos y miembros de esa escuela. A éstos la escuela espiritual les ofrece un camino para encontrarse con el Señor, vivir en su compañía y trabajar para que el Reino venga. *Les presenta algunos elementos de un camino de oración.*

En la historia de la Iglesia ha habido diversas escuelas de espiritualidad. Una de ellas fue la llamada Escuela francesa de los siglos XVIII y XIX. Su fundador fue Pierre de Berulle. En ella el cristianismo no se reduce a un conjunto de verdades ni a la mera presentación de una doctrina: se centra, sobre todo, en el cultivo y desarrollo de la relación con una persona: Jesucristo. Las grandes intuiciones de la Escuela francesa han sido puestas de relieve por el Concilio Vaticano II: la relación personal con Jesucristo, la llamada de todos los cristianos a la santidad, el sentido de la Iglesia como misterio, la integración de fe y vida, la presencia de María en nuestras vidas... *La relación personal con Cristo es la realidad fundamental de esta espiritualidad.* Relación que se inicia y profundiza por medios diversos. En esta escuela, la contemplación de los misterios de Jesús es la fuente y fundamento de la vida en el Espíritu. En ella la oración se orienta a revivir estos misterios.

El Padre Chaminade recibió influencias de la Escuela francesa de espiritualidad, cosa que se advierte fácilmente.

También recibió mucha influencia de los Padres de la Iglesia: a través de ellos le llegaron orientaciones sobre el método y los contenidos de la oración. En los escritos y conferencias del Fundador son frecuentes sus referencias a ellos.

Padre Chaminade maestro de oración, Madre Adela mujer de oración

El Fundador destaca la importancia de la conformidad con Jesús. Para adquirirla y desarrollarla, necesitamos orar. Por su especial vocación, el marianista emprende y lleva a cabo este camino *bajo la inspiración y la acción de María*. Con ella contempla los misterios de Cristo, y como ella participa en esos misterios.

El Padre Chaminade fue *un maestro espiritual*: primeramente porque estuvo atento a la acción del Espíritu en sí mismo y en los demás; y en segundo lugar porque supo despertar el gusto por la vida en el Espíritu, y hacer tomar conciencia, en la oración, de la obra transformadora del Espíritu en nosotros. A partir de su experiencia personal hizo todo lo posible por formar marianistas orantes. *Presentó la vida espiritual como un camino de oración*. Cuando hablaba y escribía de oración, lo hacía de tal modo que ésta quedaba bien integrada en el conjunto de la espiritualidad.

Madre Adela fue *una mujer de oración*. Desde joven estuvo motivada por el gran deseo de la contemplación e incluso de la vida contemplativa. Oraba mucho. Enseñaba a orar a las jóvenes que integraban las diferentes asociaciones que fundó. Le gustaba descubrir los designios del Señor sobre el mundo y sobre ella misma, y adorarlos y ser fiel a los mismos en el silencio y la paz de la oración.

Inspirado en las palabras y el ejemplo de nuestros Fundadores, este libro, más que en la oración y en hacer oración, quiere centrar la atención en *las personas que se inician en la oración y que, fieles a la llamada del Señor, llevan la oración a la vida*. Ello supone que son creyentes capaces de orar, porque han optado por la gratuidad y la sencillez, han perdido el miedo a la soledad y al encuentro en verdad con los demás, saben escuchar y mirar, son hombres y mujeres que «hacen oración sin saberlo» (Santa Teresa de Lisieux).

Una espiritualidad para hoy y una oración para hoy

La espiritualidad marianista es un camino para iniciarse en el misterio cristiano, y una guía para penetrar en ese mismo misterio. Da orientación clara y motivación a quienes son llamados a vivirla para seguir a Jesús y servir a la Iglesia. Ayuda a asimilar, en el día a día, los elementos fundamentales de la vida cristiana.

Para presentarla y transmitirla bien, se precisa tener en cuenta, a la vez, su pasado y su presente. Del pasado nos quedan palabras, escritos y testimonios. Del presente también tenemos palabras, escritos y testimonios de vida. Pero todo esto se debe recoger, formular, asimilar y luego proponer. Sólo se formula bien una espiritualidad cuando se une lo que viene de los maestros y lo que llega de los discípulos, lo que ya se ha convertido en tradición y lo que es experiencia nueva que nos permitirá vivir el futuro que ya encontramos presente en la realidad actual.

En nuestra espiritualidad, la oración tiene un relieve especial. A su vez, la oración está marcada por los rasgos principales de este camino marianista. Esos rasgos permiten al marianista vivir y alimentar la fe y la caridad con una propuesta de oración. Quizá sea éste uno de los mejores modos que tiene la Familia marianista de participar activamente en la nueva evangelización.

Capítulo 1: El camino cristiano

Todas las personas que se inician, o que inician a otras, en la vida del Espíritu hablan de *hacer un camino* y de recorrer un proceso. El camino es una imagen muy rica para entender y asimilar una espiritualidad, y particularmente expresiva al hablar de oración. Evoca y confirma el carácter dinámico de la vida en el Espíritu. Nos lleva a pensar y hablar de experiencia, andadura, recorrido, etapas, compañía; del espíritu y del cuerpo, de la partida y de la llegada a la meta, de los avances y de los retrocesos. La oración es una aventura, un camino que nunca se acaba de recorrer del todo.

Los cristianos, en general, hacemos recorridos parecidos. Así ocurre porque hay un camino cristiano: existe una propuesta de camino cristiano hecha por Cristo. Jesús ha inaugurado una experiencia de vida de fe y de caridad, que ha sido asumida por muchos en el pasado y que sigue siendo asumida en el presente. Por eso mismo se continúa proponiendo y enriqueciendo esta propuesta. Jesús, básicamente, hizo suyo el caminar de los pobres, del pequeño resto de Israel. Movido por el Espíritu, abrió las nuevas rutas del camino de comunión, contemplación de Dios como Padre, para que los sencillos, los mansos y los misericordiosos pudieran conocerlo, vivirlo y anunciarlo. Hizo de esta experiencia espiritual la fuerza que mueve la historia. Quien mejor siguió sus pasos fue María. Se convirtió en una discípula con categoría de maestra y discípula, de madre y hermana. María inspira y acompaña a muchos.

Es importante tomar conciencia de que el camino cristiano es original, en su recorrido, en relación con los demás caminos de la humanidad. El camino cristiano lleva hacia Dios; y a Dios se le encuentra a medio camino, porque Dios es Padre y sale al encuentro del hombre, que es hijo y hermano. Se manifiesta ante nosotros porque ya está presente en la ruta. Durante el mismo recorrido se produce el encuentro. Fruto de la gracia, el cristiano comienza a sentir y a darse cuenta de que Aquél a quien busca ya lo tiene, y es Dios, su Padre. Para el cristiano no se trata tanto de ascender y de llegar a una meta: se trata de estar en condiciones para recibir y acoger una presencia, un mensaje y un don; y para compartir lo recibido. La aventura espiritual del hombre cristiano se convierte en un acontecimiento que, fundamentalmente, es un encuentro interpersonal entre Dios Padre y el hombre.

No merece la pena entrar ahora en muchos detalles sobre esta experiencia cristiana o itinerario espiritual. Pero sí es oportuno describir sus elementos principales, y ver de qué manera afectan y orientan el camino marianista. Se trata, en el fondo, de entroncar el camino marianista con el Evangelio. Por lo mismo conviene señalar que este camino tiene un punto de partida: la iniciativa e invitación del Padre.

1. Un punto de partida: la iniciativa e invitación del Padre

Este camino se hace porque Dios nos llama a hacerlo. Parte del Padre y de su invitación a hacerlo. Él nos llama, revelándonos quién es y revelando lo que hace, y evocando nuestra historia y condición. Nos ha creado, y por Cristo nos ha redimido de un modo admirable. Toda llamada es una reactivación de la acción creadora y redentora del Señor.

Esta llamada necesita ser atendida y escuchada, ya que el hombre, por el pecado, a veces deja de oírla. Se hace ciego y sordo. Llega a no escuchar a quien le habla y a no responder a quien le llama. Esta llamada, en fin, es una invitación a juntarse con otros, y a vivir juntos, en comunidad, de la fe y la caridad.

Los llamamientos del Señor se dan en los momentos fuertes de cada historia personal. Estos encuentros llevan a alianzas hechas, renovadas y olvidadas, hasta llegar, cuando se aprende a ser fieles, a una alianza definitiva. Esta alianza se va preparando y se produce en la encarnación de Jesús con toda la humanidad y con cada uno de nosotros el día en que tomamos conciencia de los signos de la presencia del Señor en nuestras vidas.

2. Un hito central de este camino: el encuentro con Jesucristo

El acercamiento y encuentro con Dios se hace en Jesús, con Jesús y por Jesús. Jesús *desciende* y se encarna. Así Dios está con nosotros. El hombre *asciende* por la escalera de lo humano hacia lo divino, y por la fuerza puesta por Dios en cada ser humano. «A Dios nadie le ha visto jamás» (Jn 1, 18), pero en los tiempos nuevos se ha manifestado en Jesucristo, que se revela a los pequeños y sencillos.

Dios Padre es quien está en el origen de todo y por encima de todo. Jesús nos lleva al Padre y nos muestra al Padre. Sólo en Jesucristo el cristiano descubre a Dios y se une a él. La humanidad del Verbo encarnado es el lugar del encuentro perfecto y el lugar central de todo camino espiritual cristiano. Los misterios de Cristo nos ayudan a comprender al Padre y a participar en la misión de Jesús. La cercanía y trato con Jesús hecho hombre nos deja con su espíritu. Estas realidades son las que hacen cristiano un camino espiritual.

Algunos cristianos han tratado de minusvalorar este encuentro con la humanidad de Jesús. La misma Teresa de Jesús estuvo a punto de caer en la tentación de prescindir del encuentro con Jesús hecho hombre. Pero pronto se dio cuenta de que, tanto para el principiante como para el místico, no hay más que un camino: Cristo Jesús. O dicho más claramente: la gozosa, dolorosa y gloriosa humanidad de Cristo. Por tanto, se trata fundamentalmente de seguir los pasos que Jesús siguió, y así mirar, escuchar, orar y amar como él lo hizo.

Para el Padre Chaminade, «la vida del espíritu, la vida espiritual, o la vida del espíritu de Jesucristo son una misma cosa. Conducirse según el espíritu es obrar según el espíritu de Jesucristo» (Retiro de 1822, meditación 7ª. Notas de Retiro II, 87).

Basta también recorrer la vida de Adela, leer sus cartas (medio por el cual vivió la relación interpersonal), para caer en la cuenta de que la introducción en los misterios de Cristo, contemplados a través de la liturgia, forman parte de su vida. La contemplación de los misterios de la vida de Jesús es elemento central de la espiritualidad y oración marianista. Sólo por la humanidad de Jesús tenemos vida y vida en abundancia. Recuperar o familiarizarse con esta humanidad es decisivo para la espiritualidad marianista.

3. Un encuentro en el que recibimos el don del Espíritu

El Espíritu hizo fecunda a María y nos hace fecundos a nosotros. El ejercicio de fe y la oración se orientan a descubrir su presencia y su acción en

la Iglesia y en el mundo hoy. Por obra del Espíritu Santo hacemos el bien y evitamos el mal; en otras palabras, nos convertimos en don para los demás. Este Espíritu es el espíritu con el que Jesús fue ungido, movido y enviado; es el espíritu que Jesús nos dejó y que anima la Iglesia.

A este encuentro responde el hombre por medio de la fe, la esperanza y el amor. Acepta encontrarse con Jesús y vivir en su compañía. Se confía a él. Eso es la fe. El amor y la fe son una respuesta libre. En los encuentros que Jesús tuvo con los hombres y mujeres de su tiempo, comenzando por su madre, siempre hacía la invitación a seguirle. En ese seguimiento, el hombre, convertido en amigo de Dios por la alianza en Jesucristo, entabla un diálogo hecho de confianza y de intimidad, de desafío y de exigencia. Este diálogo continuará hasta el final de los tiempos. La vida espiritual es la respuesta de amor y de fe dada en el seguimiento de Jesús.

El camino se prosigue con Jesús. Su compañía se transforma en búsqueda, encuentro, diálogo, asedio amoroso... Este encuentro es todo un símbolo y una invitación a dejarse seducir por el amor vivido en libertad, el que surge entre el creador y la criatura, entre Dios y su Pueblo, y entre Jesucristo y cada uno de nosotros.

La perfecta respuesta de esta fe y este amor la tenemos en María, ya que en su seno se dio el encuentro primero entre una criatura y su creador. María continúa la obra maravillosa de acercar el creyente a Cristo. En cierto modo, no se da ningún otro encuentro cristiano sin referencia a ese encuentro de María. Ella cuida de que todo cristiano tenga vida abundante y llegue a la madurez de la plenitud de Cristo.

Cuando el encuentro se prolonga y consolida, nos hacemos compañeros de Jesús. En ese seguimiento se permanece tanto en la misión como en la oración. Se hace lo que Jesús hizo: anunciar el Reino y trabajar para que el Reino venga. Es decir, se dedica la vida a evangelizar, curar y sanar, hacer comunidad y permanecer en oración al Padre.

En este itinerario de oración descubrimos «la anchura y la longitud, la altura y la profundidad» del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (Ef 3, 18-19). Cuando el hombre llega a experimentar esta anchura, descubre que ser cristiano es entregarse constantemente y darse generosamente en la misión. La verdadera realización personal pasa por la generosidad y el servicio.

Capítulo 2: El camino marianista

En la historia de la Iglesia se ha recibido siempre como un verdadero don del Señor la comprensión especial de alguno de los mensajes o misterios de Jesús. Así, en cierto modo, el conjunto del Evangelio se profundiza desde ángulos diversos. Determinadas escenas o palabras de Jesús hacen vibrar la fe y la caridad, y se transforman en la puerta para entrar a la totalidad de la propuesta que nos llega del Evangelio. Ese es el sentido de los itinerarios espirituales específicos. Las varias espiritualidades que han aparecido en la historia de la Iglesia no son más que aplicaciones particulares de la espiritualidad del Evangelio. La persona, o grupo, que las inician subrayan sin duda un aspecto de la espiritualidad evangélica que constituye el centro de la vida concreta, pero de hecho, si la espiritualidad es auténtica, ese centro privilegiado no es más que el foco para vivir la totalidad del Evangelio.

Cada fundador o fundadora ha recibido inspiración para ayudar a los miembros de su comunidad a seguir a Cristo, a vivir con plenitud la vida cristiana y a realizar un aspecto de la misión confiada a la Iglesia. Estos itinerarios, además de poner intensidad a nuestra vida cristiana, dan una originalidad a la misma, la orientan en una determinada dirección.

Todo camino específico hay que situarlo y entenderlo

- * desde una perspectiva bíblica,
- * desde una tradición espiritual, teológica y pastoral,
- * y desde la realidad cultural en la que se nace y en la que se vive.

Todos estos caminos son una lectura del Evangelio hecha en un lugar y en un tiempo, y con un determinado sesgo y desde una perspectiva concreta. Desde estas diversas realidades podemos comprender y describir el itinerario marianista propuesto por el Fundador en el siglo XIX en Francia.

Todo camino espiritual parte de la Biblia. Esta es también la fuente primera del camino marianista. Sólo poniéndose a la escucha de la Palabra podemos iniciar y continuar bien el camino marianista. De esa Palabra nos llega inspiración y gracia para responder a la llamada que, a través de la misma Escritura, nos hace el Padre. Por ello, algunos mensajes de la Biblia deben producir una especial resonancia en el marianista, ya que de ellos nacen las grandes convicciones que dan profundidad a su vida. De una manera más concreta, el marianista ora y crece en la oración con la Biblia en la mano. Por ello está invitado, y así lo hacemos en este libro, a ahondar en determinados pasajes de la Escritura para reavivar el don de Dios.

La contribución de los Fundadores ha sido decisiva a la hora de formular y de proponer este camino. Sus escritos y sus palabras, su testimonio y su intercesión nos permiten compartir su identidad carismática y vivir conducidos por el Espíritu.

La experiencia de un par de siglos de vigencia de este camino marianista le da variedad y riqueza. Los hombres y mujeres que lo han recorrido han ido creando una cierta tradición.

Para la formulación de este camino hay que tener muy en cuenta las aspiraciones y necesidades del hombre y de la mujer de nuestros días. Hay que acertar a responder con la espiritualidad marianista a esas necesidades.

Para identificar mejor este camino, se precisa responder a estas inquietudes:

- ¿Cuáles son los rasgos peculiares que constituyen la originalidad del camino marianista?
- ¿Cuál es su punto de partida?
- ¿Cuál es el punto de llegada, la meta, el objetivo que se da el cristiano que entra en ese camino y lo sigue hasta el final?
- ¿Cómo se presentan las etapas?
- ¿Cuáles son algunos principios o leyes que nos ofrece la experiencia de los que ya han hecho ese camino?
- ¿Con qué espíritu se recorre ese camino?

1. El punto de partida del camino marianista

¿Cómo se percibe la llamada a iniciar este camino marianista? En la espiritualidad marianista, como, por lo demás, en cualquier otro carisma, se trata de vivir el Evangelio o la novedad cristiana según algunas acentuaciones. En nuestro caso, la atención se centra en Jesús de Nazaret, hecho hijo de María para salvar a los hombres. Todo parte de un gran deseo y de una gran llamada: la llamada a vivir con Cristo, a llegar a «un mismo ser con Cristo», a ser un evangelizador y a tener un amor filial y comprometido a María. Con esta motivación se tiene el ánimo y la fuerza suficientes para comenzar el recorrido marianista.

Este deseo se expresa en una llamada que viene del Espíritu. Un día se escucha esa llamada, y después de escucharla y discernirla, cuando se comienza a responder, se inicia el camino. Se trata de una vocación, de un don y de una invitación que viene del Espíritu, a hombres y mujeres, a laicos y religiosos, a través de una comunidad o grupo de Iglesia, para que las personas que nos rodean se conviertan y lleguen a su plenitud en Dios. No se debe iniciar este camino si no ha habido llamada. Para responder bien y seguir esa llamada, hay que comenzar a caminar con espíritu nuevo, y quizás en dirección distinta de la seguida previamente. Todo camino supone conversión.

De forma práctica, hay que decir que un cristiano da el paso para iniciar este camino marianista, en una comunidad o grupo con el que se reúne para compartir la llamada recibida. La respuesta se transforma en un compromiso para que el Reino de Dios venga. Una persona puede leer un libro o escuchar una presentación sobre la espiritualidad marianista, y dar sola el primer paso. Con todo, la mayor parte de los marianistas entran en este camino participando en las reuniones y en la vida de una comunidad en la que la espiritualidad marianista es compartida y presentada a los demás.

Lo que mueve para vivir esta espiritualidad, el detonante para dar el primer paso y querer hacer un proceso, la puerta para entrar en esta aventura del espíritu es diversa según los casos. Estas son algunas de las experiencias que se convierten, para el marianista, en punto de partida de todo proceso de acercamiento a Jesucristo:

Una experiencia intensa de fe

Es decir, el vivir una determinada realidad que sólo se toca y se percibe desde la fe: la presencia del Señor en la propia vida, la acción misericordiosa del Señor con uno mismo, el descubrir que el Señor me habla a través de la Biblia, la acción salvífica con ocasión de la celebración de alguno de los sacramentos, el encuentro con un enfermo o excluido de nuestra sociedad. De una u otra forma, bien podemos decir que la intensidad de la fe es siempre una vuelta a la radicalidad del Evangelio.

La experiencia concreta de misión

Es decir, la experiencia de ser capaz de realizar algo significativo que ayude a cambiar las vidas de los otros. La participación en una tarea pastoral puede llevar a sentir la presencia y la acción del Señor.

La iniciación en el sistema de virtudes

Para sostener esa fe, se precisa el apoyo de una espiritualidad. La espiritualidad marianista es apostólica y anima la caridad pastoral.

Una rica experiencia de encuentro con María

María es don de Dios para la humanidad y para cada uno de los creyentes. María puede llegar a ser para un marianista una vocación dentro de la vocación cristiana. María nos llama, nos convoca, nos reúne y nos envía en misión.

2. El objetivo del camino marianista

¿De dónde a dónde nos lleva este camino cuando se entra en él con ganas de recorrerlo hasta el final? ¿Qué se pretende alcanzar cuando se inicia el proceso que nos propone la espiritualidad marianista?

El objetivo del camino marianista es la conformidad y la unión con Jesús en su misión de hacerse hombre y de redimir el mundo. El camino marianista tiene el mismo recorrido que el camino de Jesús; es un camino para vivir *con Jesús* y *como Jesús*, y también para vivir *de Jesús* y *para Jesús*; nos pone en condiciones para reproducir en cada uno de nosotros la imagen de Jesús; más aún, para ser movidos, estimulados y atraídos por él.

En María encontramos este objetivo encarnado y realizado. El Espíritu Santo la ha cubierto con su sombra y la ha hecho imagen fiel y memoria viva de Jesús. En ella, como ella y con ella aprendemos de modo muy concreto a hacer este camino. El espíritu de María nos anima. Por ella nos llega gracia para iniciarlo y proseguirlo.

El camino marianista lleva:

De un centrarse en sí mismo a un centrar la propia vida en Cristo

Lo que le llega a interesar a un marianista es, sobre todo, Cristo. Cristo se transforma en camino, verdad y vida. El signo de que este paso se ha dado es el servicio generoso a los demás. La espiritualidad marianista lleva al necesario olvido de sí para poner la atención y el interés en Jesús y en los demás. En esta espiritualidad se presenta un proceso de preparación y de purificación que "consume" nuestro recorrido centrándonos en Jesús.

De las palabras y la teoría a la experiencia

Las palabras son muy importantes, pero hay que saber llegar, a partir de ellas, a la experiencia y al vivir cotidiano. La Palabra se hizo carne, y continúa inspirando y ayudando la encarnación y la puesta en obra de nuestras palabras. El camino marianista nos hace entrar en procesos y a transformar el diario vivir. Hay que "encarnar la Palabra".

De la fe a la caridad

La espiritualidad marianista nos lleva a una fe que actúa por la caridad y que se hace visible en el amor. La meta de esta transformación está en vivir la misericordia y descubrir la fecundidad que viene de la caridad. En la espiritualidad marianista se pone mucho énfasis en cultivar la fe y en crecer en la fe. En esa espiritualidad, cuando se madura, se vive para amar. La fe nos hace familia, y por ella vivimos animados por el espíritu de familia y por el amor. Esa es la «fe del corazón» de la que habla el Fundador y que nos capacita para amar lo que creemos. El dinamismo interno de la fe, tal como se presenta entre los marianistas, lleva necesariamente a los demás.

De la promoción humana a la acción evangelizadora

La espiritualidad marianista lleva a un anuncio espontáneo del Señor. Se vive para dar a conocer a Jesús y para hacerlo amar. Nos hace misioneros. Es importante ayudar a crecer en humanidad al ser humano, y, para ello, aprovechar cuantas ocasiones se ofrezcan para hablar de Jesús, comunicar su espíritu, hacerlo presente. La promoción humana que se logra por la educación o la ayuda social es importante, pero no podemos olvidar que se educa para formar en la fe. Para nosotros, la fe y la justicia están entrañablemente enlazadas por la misericordia, que es el mejor modo de testimoniar a Cristo Jesús al hombre y a la mujer de hoy.

Del proyecto a la realización

La espiritualidad marianista no nos deja mirando al pasado. Nos lleva hacia el futuro; a realizar una nueva andadura; a implicarnos en las nuevas luchas -*Nova bella*, que diría el Fundador-; a encontrar nuevas estrategias personales y comunitarias. Esta es la mejor manera de alimentar la esperanza y de comunicar entusiasmo misionero.

3. Las dimensiones de este camino

El camino marianista nos introduce en un proceso del que nos interesa conocer la meta, pero también las etapas y lo que podríamos llamar el centro o núcleo, el verdadero hilo conductor de todo este recorrido. Sabemos que este camino es algo existencial; tiene historia. No es una realidad ordenada y lineal. Es una historia en la que se entremezclan e interfieren continuamente las iniciativas imprevistas de Dios, la libertad de la persona humana y las circunstancias diversas de la vida. En ese camino hay ascética y hay mística. No es sólo para iniciados, sirve para todas las etapas de la vida espiritual.

El camino marianista es un proceso gradual. En él se avanza a través de crisis, estancamientos, retrocesos, crecimientos y progresos. La imagen que mejor refleja esta realidad es la espiral: al mismo tiempo que uno avanza, vuelve a encontrarse con las mismas experiencias de la etapa anterior, que hacen retroceder para retomar de nuevo el camino e ir hacia adelante y hacia arriba.

Por lo mismo, cuando en el camino marianista hablamos de etapas, no podemos olvidar que nos estamos refiriendo a aspectos o dimensiones de la vida cristiana que se cultivan de modo especial, se refuerzan, se afirman y siempre se trabajan. En un determinado momento se pondrá de relieve uno u otro, y ello de acuerdo con las necesidades o exigencias del proceso.

Algunos de los elementos de este camino los encontramos en el llamado "**Método de virtudes**". Varias de las enseñanzas del Fundador sobre el progreso en la vida espiritual están recogidas en torno a este método, que nos dispone a revestirnos del hombre nuevo con una vida plenamente motivada por la fe, la esperanza y la caridad, y orientada a Jesús.

Dimensión de iniciación

Esta etapa es de punto de partida, de llamada, de apertura a la acción del Espíritu y de docilidad a sus iluminaciones. Corresponde al tiempo de sembrar grandes deseos. En ella no puede faltar el entusiasmo y el idealismo del que se inicia y quiere llegar a la meta final sin olvidar las realizaciones concretas.

A ello ayuda la oración personal, el ejercicio de determinadas virtudes y los trabajos pastorales. Estos elementos suelen estar interrelacionados en la experiencia de la mayor parte de los marianistas. En esta misma experiencia, alguno de esos elementos suele cobrar un relieve especial y predominante. En este tiempo es muy importante una oración en la que uno busca, discierne, interpela a Dios, trata de interpretar los signos de los tiempos de la propia existencia y de la humanidad.

En esta etapa, además de saber de dónde se parte, importa conocer cómo es la persona que inicia este recorrido. ¿Quién es y cómo es? ¿Cuál es su pasado y su historia? ¿Hacia dónde apunta en el futuro? En otras palabras, se debe dar mucha importancia al conocimiento de sí, conseguido con la ayuda de las ciencias humanas y de la palabra del Señor. La meta no es otra que conocerme como Dios me conoce. El examen personal es una actividad indispensable. El ejercicio del discernimiento ayuda a poner la mirada fija en la

realidad que nos rodea, y el oído atento al eco que produce en nosotros. Esto ya es, como veremos en la segunda parte, un modo de orar.

Este es también el momento de recordar algo importante en el camino de oración: orar con nuestro cuerpo. Lo conseguimos cuando nuestro cuerpo se une a nuestro espíritu en la alabanza, el perdón o la súplica que dirigimos al Señor. La oración marianista es la propia de un espíritu encarnado en un cuerpo. Por tanto, para tener nuestra comunicación con el Señor, se debe prestar atención a la respiración, la relajación, la postura, el lugar y el momento. Nuestro ritmo de vida y de trabajo influye en nuestra oración. Cuando oramos, sentimos el cuerpo y lo podemos escuchar, recibimos sus estímulos y sus llamadas. Juegan un papel importante en nuestro proceso de oración la preparación y ambientación de la misma, la duración y la conclusión. La oración es una realidad vital y, por supuesto, también corporal.

Sin embargo, a veces no estamos corporalmente dispuestos para orar. Cuando se trata de enfermedades físicas o de incomodidades, apenas podemos hacer otra cosa que cuidar mejor nuestra salud y aceptar nuestras limitaciones. Podemos, sin embargo, poner el máximo empeño en disponernos físicamente para una oración concentrada. El yoga que enseña los asana (posturas) no se comprende como una forma de gimnasia, sino como oración. Los monjes cristianos de oriente desarrollaron disciplinas semejantes en sus enseñanzas para centrarse en la oración (el Hesicasmo).

Dimensión de purificación

Esta dimensión y actitud se requiere para responder bien a la vocación, para lo cual se necesita conocer y superar los obstáculos, tanto interiores como exteriores, mediante la purificación de la mente y del corazón. Sólo así se llega a centrar la vida en Cristo. Se necesita también desarrollar las cualidades o actitudes que nos preparan para la responsabilidad y el servicio. Así se comienza a tener una sensibilidad especial para vivir determinados "misterios" de la vida de Cristo. Con Cristo morimos y por él resucitamos; con Cristo nos renovamos y nos abrimos a la nueva vida, que es una vida de fe, esperanza y caridad. Pasamos por la muerte, como el Señor, para resucitar a la nueva vida después de haber sido bautizados en su muerte. Vivimos en la tentación y la prueba. Descubrimos que para fructificar hay que ser podados como la vid (Jn 15,2) y hay que crecer en la oración.

Cuando se pasa por tiempos de purificación, se pone el acento en ser redimido y liberado, y también en ayudar a redimir y liberar a los demás; en recibir más que en dar; en ser probado para abrirse a la plena libertad y al amor. En tiempo de purificación, cuando se ora, se experimentan también las limitaciones, la fatiga, la ausencia de determinadas consolaciones.

Si no acepta y asume la purificación, el creyente probablemente se quedará en la mediocridad durante toda su vida. Guillermo José Chaminade nos ha prevenido con insistencia contra este peligro. Con frecuencia se prefiere buscar otro camino, en lugar de superar las dificultades reales que están delante de nosotros. La espiritualidad, en determinados momentos, cuando quiere ayudar a dar un paso nuevo, "pone en crisis", es decir, produce cambios en el diario vivir. Esta espiritualidad asume, cada vez con más fuerza, los valores fundamentales, y en cierto modo los va resumiendo en el amor. Por este amor a sí mismo, a los demás y, sobre todo, al Señor, que brota en la

oración, el marianista sale de sí mismo y se olvida de sí mismo. Toma el camino de la generosidad. Se inicia una oración de alabanza y de agradecimiento, sin que falte la oración penitencial. Esta dimensión corresponde, en el fondo, al momento en que se descubre el misterio de Jesús; a Jesús que, siendo el hombre para los demás, en el momento de la oración en el desierto y en Getsemaní se abre a la entrega definitiva.

Nuestros problemas con la oración tienen, a veces, menos que ver con la misma oración que con el estilo de vida que nos aleja de ella. Por ello es bueno reflexionar sobre los obstáculos que impiden o deterioran nuestra vida de oración. Citemos algunos ejemplos:

1. La oración será un momento vacío si la experiencia de la vida misma está vacía.

2. A menudo sentimos una tensión, más que una integración entre la oración y el trabajo. Las espiritualidades, tanto de Oriente como de Occidente, también reconocen la validez de la actividad como un acercamiento a Dios (espiritualidad apostólica, *karma yoga*), pero tiene que serlo desde una postura de coherencia personal y de sinceridad (a veces, invocar que "la vida ya es oración" no es sino una excusa para no encontrar tiempos de silencio y soledad).

3. La oración no puede darse si nuestras mentes están llenas de sensaciones, imágenes y lecturas superficiales. El Fundador consideraba fundamental al comienzo de la vida espiritual crear y enriquecer el silencio interior para llegar a escuchar la palabra verdadera. Nuestra espiritualidad tiene un verdadero tesoro en "los cinco silencios".

4. Existe un profundo vínculo entre la oración y el tiempo de sosiego (un paseo, el contacto con la naturaleza, un ejercicio de relajación...).

5. La adicción es un tema de importancia creciente en la vida actual: el trabajo, las relaciones, la comida, la bebida, el tabaco, el juego, el consumo, las compras... se convierten fácilmente en el objetivo de nuestro corazón, en vez del tesoro de la experiencia de Dios.

6. La meditación sobre la Escritura y la lectura espiritual no parecen ser temas prioritarios en la vida de muchos de nosotros. Sin embargo, vemos que creyentes de otras religiones son mucho más exigentes en la utilización de estos medios.

Dimensión de consumación y plenitud

Esta realidad se vive cuando se pasa por la experiencia de permitir a Cristo que viva plenamente en nosotros y nos revestimos de él. Vivimos con él, y nuestra vida es una vida nueva, como la de Cristo resucitado. Sigue habiendo muerte, y una muerte que toca lo más profundo de nuestro ser y desde ella resucitamos. Cristo habla y nosotros escuchamos; la oración es la disposición de apertura y de disponibilidad que permite que el Señor actúe y haga su obra en nosotros, y que su Espíritu nos inspire, nos ilumine y nos dé fuerza.

Si se crece en la experiencia de purificación y se superan las actitudes egoístas, se llega a una disposición tal que uno puede gozar de los frutos del Espíritu Santo en nosotros, presentes en nuestra vida y en nuestro trabajo. Se entra en una nueva etapa. En ella se vive de la fe y del amor. Se ama sirviendo y se sirve amando. El contacto con Cristo resucitado abre al amor y a poner

amor en todo. Los misterios de Jesús y los de la existencia de cada uno de nosotros se encuentran y se entrelazan. La oración y la participación comunitaria en la misión nos ayudan a ahondar en esta experiencia. Este paso pide una oración de presencia, orientada a alcanzar amor, y, sobre todo, una oración contemplativa.

4. El núcleo o hilo conductor de este camino

El núcleo es Cristo Jesús, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de los hombres. En torno a él se reúnen las personas que entran por el camino de la espiritualidad marianista. En él se encuentran la llamada y la respuesta. De él vienen la decisión para comenzar a andar y la fidelidad para llegar a la meta. Él nos da la fuerza para recorrer las diferentes etapas y alcanzar la meta final. Mejor aún, él es la llamada y la meta, la fuerza y la luz para hacer bien la andadura.

En Cristo, el marianista consigue unificar la fe y la entrega evangelizadora, la intensa devoción a María y la vida comunitaria, elementos centrales del carisma y de la espiritualidad marianista. Con él y por él se integran vida espiritual, vida personal, vida social, tareas, sufrimientos, la obra del Espíritu realizada por medio de nosotros y en nosotros, y la experiencia de colaboración personal y de inagotable entrega a servir a los demás. Cristo no está sólo en la meta, y la meta no es sólo la conformidad con él. Cristo acompaña y guía.

María no es el centro pero está en el centro. Desde ahí nos centra en Cristo y nos lleva a él. Nos muestra a Jesús, fruto bendito de su vientre, y nos introduce en su misterio y en sus misterios. Nos forma en su seno materno a la imagen de su Hijo primogénito, el primero entre muchos hermanos. Con Pablo VI podemos decir que la devoción a María, sobre todo para los marianistas, es «un elemento calificador» e «intrínseco» de nuestra vida cristiana. El marianista llega a descubrir que en María todo está referido a Cristo, y todo depende de él (Mc 25) y, por tanto, lleva a él. Cuando quiere dar un paso más de fidelidad a Cristo, el marianista mira a María, a la que ve como alguien que es toda de Cristo y está dedicada totalmente al servicio de los hombres y mujeres de nuestros días.

Por María nos llega el espíritu de Jesús. Así podemos hacer las mismas opciones y realizar las mismas acciones de Cristo. Esa es nuestra misión. Seguimos a Cristo, que se quiso encarnar y acercar a las personas; que vivió con un grupo su entrega a la misión recibida; y que asumió su condición de hijo de María.

5. Algunos elementos de una pedagogía espiritual marianista

En toda experiencia espiritual se necesita siempre un acompañante para que haya verdaderos discípulos de Jesús. Esa experiencia no se puede hacer en solitario, ni el maestro se puede limitar a ofrecer teorías abstractas. Sabe que trata con personas; dialoga con hombres y mujeres que necesitan ayuda. En esta interacción, poco a poco se va haciendo una tradición; en otras palabras, se crea una verdadera escuela. La influencia de los maestros llega a

través de testimonios y palabras, por medio de los cuales se ofrecen criterios y orientaciones para avanzar en la vida en el Espíritu.

En esta pedagogía marianista hay algunos elementos que son fundamentales. Marcan el espíritu con el que se vive la espiritualidad y se identifican con los criterios que orientan el proceso de oración.

Es una pedagogía en la libertad

La libertad es condición indispensable para cualquier paso en la vida del Espíritu. Somos libres para alguien y para algo, y sin ser libres es muy pobre nuestro amor y nuestra fe. Nada se construye en el orden de la gracia si se construye sobre la negación, el rechazo, el miedo o la simple renuncia. La verdadera liberación no pasa por rechazar lo que uno es, sino por aceptar lo que nos abre al amor y la comunión. La lucha por la libertad no se lleva a cabo por ejercicios de voluntarismo, sino bajo el signo del Espíritu Santo. Este Espíritu se caracteriza por aunar en sí la fuerza y la suavidad, el vigor y la ternura, la ley y la gracia. Por eso mismo podemos juntar, por una parte, la aceptación de lo que nos toca vivir, y, por otra, la superación de la realidad en la que estamos inmersos.

Desde el momento en que uno ha tomado conciencia de que se acepta a sí mismo, desde ese mismo momento ha salido de sí. En ese momento se hace realidad la orientación tan querida de los marianistas: la verdad nos hace libres (Jn 8,32); y la libertad nos permite amar en verdad. Estamos invitados a disfrutar de la libertad que nos da el amor. Esta es una respuesta de fe, que se madura en la oración. El contacto con el Señor es lo que nos hace libres. Cuando ese contacto es real, nos regala el Señor el don de la libertad, que es el mejor don que el Señor puede hacerle al hombre. Un don que no debe infundirnos temor, ya que conlleva la fuerza y la suavidad del Espíritu.

Es una pedagogía evolutiva

En ella se tiene en cuenta el tiempo: se necesita tiempo para crecer y madurar. El Espíritu Santo no tiene plazos, pero el hombre que está implicado en el proceso sí los tiene. La gradualidad es la forma de crecer del creyente, que poco a poco llega a entrar en los planes del Señor.

En esta evolución hay que recordar que «todos murieron sin haber conseguido el objeto de las promesas» (Hb 11,13). No alcanzaron a verlas cumplidas, al menos en su plenitud. Se esforzaron por fijar los ojos en Jesús, en la meta; en el que soportó la cruz (Hb 12,2). No se contentaron con hacer generosa profesión de fe cristiana. Trataron de vivir lo mejor posible las exigencias del Evangelio; buscaron trabajar sin descanso por instaurar en el mundo los valores del Reino.

Esta pedagogía pide saber convertir la espiritualidad marianista, y por tanto la oración, en proceso y no sólo en meta. Se parte de un lugar y en un momento, y desde ahí se llega a una meta. «En aquellos días, el Señor dijo a Abrahán: "Sal de tu tierra y de la casa de tu padre hacia la tierra que yo te mostraré [...]. Te bendeciré". Abrahán marchó, como había dicho el Señor» (Gn 12,1-4).

Es una pedagogía que cultiva la virtud, o dinamismo interior

Para sostener y promover una espiritualidad vigorosa, se precisa redescubrir y profundizar el sentido de la virtud. La virtud es fuerza y es don; es un modo de encauzar hacia el bien el dinamismo moral y religioso que tenemos; es esfuerzo al que pueden acompañar la satisfacción y el gozo. Los dones del Señor son permanentes, y nuestro empeño por recibir esos dones y compartirlos tiene que ser constante. La virtud estructura la espiritualidad, y en ella pone consistencia y alegría para hacer el bien con generosidad. Por la virtud, el empeño espiritual dura y se superan las circunstancias adversas.

Es una pedagogía de la acogida del don y del compartir el don

La llamada inicial es un don, y la fidelidad a la oración también. Un don que se recibe y se acoge como algo que llega gratuitamente. La mejor manera de multiplicarlo y hacerlo crecer es darlo. La fe, el amor y la esperanza, cuanto más se dan más se tienen; cuando se comparten se multiplican. Cuando se guardan para sí mismo, se pierden y pierden su sentido. La solidaridad unida a la generosidad son indispensables en nuestra vida.

Es una pedagogía de la integración y de la comunión

El camino marianista comienza en una persona humana. La persona humana es creada por Dios para alabar y servir al Señor y para vivir en comunión con los demás. Desde ahí accedemos al misterio de Dios a través de la humanidad y del misterio de Jesucristo, y a la comunión con los seres humanos y con el cosmos. A la luz de la fe se puede vivir en Jesús la unidad del misterio de Dios que se hace presente en Jesucristo.

Esta pedagogía toma al hombre como un todo. El hombre, cuerpo y espíritu, es capacidad de conocer, de amar y de poner por obra. La calidad de su dinamismo le pide juntar la oración con el estudio, la reflexión y la oración con la actividad de cada día, el examen con la vida; supone amar lo que se cree y se conoce.

En el camino marianista es muy importante mostrar la unidad del recorrido y la interdependencia de los elementos, y, sobre todo, el verdadero centro o núcleo del conjunto. También es importante señalar el hilo conductor que lo une todo y por el que pasa la gracia, que se transforma en fuerza y luz para caminar. En el misterio de Cristo hay misterios y tiempos que respetar. No se puede vivir todo al mismo tiempo, como no se puede hacer cuaresma en navidad. Pero hay una pascua que nos espera y una compañía ininterrumpida que nos conduce a vivir del amor. La pascua es Cristo resucitado.

Por lo mismo, en esta andadura todo debe estar íntimamente trabado. Debe ser como el despliegue progresivo del único misterio de Cristo. A su vez, en cada momento y en cada dimensión y período debe estar presente el conjunto del camino. Lo que se debe escuchar al final es la música del camino marianista: ir de la encarnación a la resurrección pasando por la cruz, para terminar en la efusión del Espíritu; partir de la iniciación, asumir la purificación y llegar a la plenitud del amor. Eso es lo que nos muestran también la persona y el misterio de María. Ella es para nosotros el ejemplo de esta dinámica.

El marianista que ora tiene necesidad de volver constantemente a la experiencia fundante de su fe y de su vocación marianista, y a su espiritualidad. La renovación diaria de la consagración mariana le lleva a una adhesión filial y fraterna con todos; en esa consagración revive la gracia del bautismo, y lo hace con el espíritu de María. La oración nos da una fuerte conciencia de la presencia y de la acción del Dios en nuestra vida; por la oración se toma conciencia de que la realidad está preñada de Dios. Se trata de caer en la cuenta de esta realidad, y de descubrirla en su hondura y verla como un lugar de ese encuentro con Dios. Profundizar en la oración el misterio de la encarnación en compañía de María nos permite hacer ese descubrimiento. Eso nos recuerda la parábola del pez joven:

- Usted perdone -le dijo un pez a otro-. Usted es más viejo que yo y tiene más experiencia, por lo que probablemente podrá ayudarme.
- Dígame.
- ¿Dónde puedo encontrar eso que llaman océano? He estado buscándolo por todas partes pero sin resultado.
- El océano -respondió el pez grande- es donde estás ahora mismo.
- ¿Esto? ¡Pero si esto no es más que agua! Lo que yo busco es el océano -replicó el pez joven totalmente desilusionado, mientras se marchaba nadando a buscar en otra parte.

En la espiritualidad marianista es importante tomar conciencia de la presencia del Señor en todo lo que acontece, y dejarnos inundar de gozo con este hallazgo; es indispensable un talante místico para ver a Dios en todo. Ahí nos quiere llevar esta espiritualidad. Entonces lo humano se convierte en lugar de culto y en lugar sagrado por excelencia. Esta experiencia repetida de cómo Dios nos cuida hace brotar una confianza básica en el amor y en la ternura del Señor y de María, y esto es la fuente de nuestra felicidad. Así la vida se va integrando y encauzando en el texto de Miqueas: «Respetar el derecho, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios» (Miq 6,8), que con nosotros está.

Capítulo 3: La oración marianista

Cada espiritualidad hace su especial propuesta sobre el modo de entrar en contacto con Dios, de estar en el mundo y de relacionarse consigo mismo y con los demás. La oración es fundamental en el modo de dar estos pasos. Para asimilar, desarrollar y transmitir una espiritualidad, se necesitan grandes orantes. La calidad de nuestra oración manifiesta la calidad de nuestra espiritualidad. Nuestros Fundadores son reiterativos al hablar de la importancia de la oración: Guillermo José Chaminade nos recuerda repetidamente que los marianistas nos mantendremos firmes en la fe y creceremos en el amor, por la oración. Adela, desde muy joven descubre el valor de la oración, y en ella a Jesucristo como su amigo y Señor. La oración nos hace marianistas, ya que es un medio privilegiado para el contacto auténtico con el carisma.

Pero, a su vez, la espiritualidad marianista marca nuestra oración. Oramos como lo que somos: como cristianos marianistas. Si nuestro modo de proceder pastoral evidencia nuestra identidad y nuestras capacidades, la oración lo hace de un modo más explícito. Ella nos da el aire de familia. El espíritu de nuestra espiritualidad pasa a nosotros, sobre todo, por la oración, que se transforma en expresión de fe. Nuestra espiritualidad nos motiva para orar y para orar de una determinada manera. La oración es parte primordial del camino espiritual marianista.

En la Familia marianista existe una tradición de oración. En ella se enseña y se aprende a orar, y se enriquece y se progresa en la oración. Está constituida por un grupo de creyentes y de orantes. Existe entre nosotros una tradición viva de oración. Ha habido y hay maestros de oración; se cuidan los lugares de oración y se hacen propuestas de caminos de oración. En una palabra, hay una vida de oración que se puede identificar y que se debe cuidar y compartir, ya que es el corazón de nuestra mejor tradición marianista.

Los marianistas colocamos en el origen de esta tradición de oración a Jesús orante y a María, ya que ellos nos inspiran y acompañan en nuestro camino personal y comunitario de oración. Para nosotros es importante saber cómo rezaban ellos, qué rezaban, por qué lo hacían. Nuestra oración es una prolongación de la suya. Somos Iglesia de un modo significativo cuando nos juntamos con María a orar para que el Espíritu del Señor sea derramado sobre el mundo.

Es también una prolongación de la oración del Padre Chaminade y de Madre Adela. Tenemos que ser fieles a la tradición que hemos recibido de nuestros Fundadores y de los marianistas del pasado. Se necesita situar esa tradición en el pasado marianista, y, desde el presente, proyectarla hacia el futuro. Se necesita también recoger la experiencia de nuestros días y compartirla. Es lo que pretendemos hacer.

En la iniciación en la oración es importante que se responda a estas preguntas:

- * ¿Por qué ora el marianista?
- * ¿Cómo es la oración del marianista?

1. Los motivos de nuestra oración

Oramos «para que Jesús llegue a ser el centro de nuestras vidas. [Y así] dedicamos generosamente una buena parte de cada día a la práctica de la oración» (RVSM, 48).

«La oración, corazón de nuestra vida [...], nos permite penetrar en la intimidad de Jesucristo y acoger su amor al Padre y a los hombres» (RVFMI, I,52).

Oramos porque necesitamos entrar en comunión con Jesucristo y el Evangelio, al descubrir, cultivar y difundir el carisma marianista. «Cuanto más se dedica el religioso al ejercicio de la oración, tanto más se acerca a su fin, que es la conformidad con Jesucristo [...]. La oración mental es la fuente común y única de todas las virtudes» (Constituciones de 1939, art. 34). «Cuanto más nos dedicamos a la oración, tanto más nos acercamos a nuestro fin: la conformidad con Jesucristo» (RVFMI, I,61). «Para ser sinceros, generosos y fieles a nuestra misión, nos es esencial ser hombres y mujeres fuertes en la fe, seguros en la esperanza y constantes en el amor. Buscamos esta fuerza en la oración» (Comunidades Laicas Marianistas, Declaración de Llíria 3,2).

Como vemos, las Reglas de Vida de las religiosas y de los religiosos marianistas y los documentos de las CLM piden generosidad en nuestra entrega a la oración.

También crecemos en la identidad carismática, en la fidelidad a la oración. Por la oración llegamos a lo que estamos llamados a ser. Para el marianista, la oración es una necesidad y no tanto una obligación (1 Tes 5,17). Sin embargo, cuesta orar. Es bueno saber que la oración no siempre brota espontáneamente del interior. Hasta el cristiano más fervoroso puede experimentar aburrimiento y desinterés. En la vida moderna, que nos sumerge en la acción, la imagen y el ruido, nos resulta difícil hacer el esfuerzo de concentración que nos pide la oración. Por lo tanto, podemos afirmar que es preciso que la espiritualidad de hoy, reavivada con el contacto de la revelación bíblica, se inserte plenamente en la vida actual, se arraigue en la antropología y se exprese con las grandes intuiciones de nuestra época. En nuestros días, una de las realidades que se cuestionan es la oración. Sin embargo, podemos afirmar que es posible, y vale la pena, orar en el contexto cultural y social actual.

Por la oración, el marianista se mantiene fiel a la vocación recibida y a la misión que de esa vocación se deriva. Por ello no puede pasarse sin orar. La oración, se nos ha recordado, es tan importante como la respiración. En consecuencia, todo lo que dificulte o imposibilite a un marianista orar es incompatible con su vocación. El Padre Chaminade era claro en este aspecto: «Todo empleo que pusiese a un Hermano en la imposibilidad de hacer oración será incompatible con la santidad del estado que ha abrazado» (Constituciones SM, 1891, art 99). La oración le renueva, le recrea y le dispone a colaborar con la acción de salvación que el Señor continúa realizando en el mundo.

Nuestra espiritualidad, como todo carisma por lo demás, tiene una clara dimensión mística y teologal, que se profundiza y asimila con una vida de oración sostenida. Al Padre Chaminade le gustaba repetir que sin la oración dejábamos de tener contacto con la fuente de la que nos viene nuestra fuerza, y con el fin al que aspiramos, que es el bien supremo al que tendemos: Dios.

Para el Fundador, la fidelidad a la oración viene motivada por la fidelidad al don recibido de Dios. Cuando esto ocurre, se llega a ser perfecto discípulo de Cristo como lo fue María.

Reavivamos esta necesidad porque:

* Queremos saciar nuestra ansia de ver, amar, adorar y estar con Dios, nuestro Padre; de vivir en su presencia y movidos por su acción (Chaminade, *Escritos de Dirección*, II,190 ; y *Método de oración sobre el Símbolo*. En *El Espíritu que nos dio el ser*, nn. 511-517, pp. 294 ss). Queremos satisfacer la «sed de lo absoluto», la sed de Dios, y ahondar la dimensión teológica de su vida.

* Queremos conformarnos con Jesucristo. Para ello precisamos contemplar detenidamente las actitudes, palabras y acciones de Jesús, y asumirlas.

* Queremos vivir bajo el dominio del Espíritu y discernir los movimientos del mismo en su vida. Orar es ser movido por el Espíritu del Señor y aprender a ver cómo está a la obra en la realidad cotidiana. «De la oración brota la vitalidad de nuestra fe, que transforma nuestra mirada sobre las personas y los acontecimientos» (RVFMI, I,52).

* Queremos ser fieles al carisma y a la vocación marianista. «Para ser fieles a nuestra vocación marianista y crecer en la vida de la fe, dedicamos una hora diaria a la meditación» (RVSM, 55).

* Queremos profundizar la vida comunitaria, y sabemos que la comunidad se constituye a partir de la oración y, sobre todo, de la celebración de la eucaristía (RVSM, 50; RVFMI, I,55) y del sacramento de la reconciliación. Nada como la oración auténtica genera alegría, gratitud fraterna, unión de corazones y apoyo recíproco en el camino de la fe. Al estar juntos se experimenta la necesidad de rezar, y cuando se reza se incrementa la comunión entre los miembros de la comunidad.

* Queremos reavivar la llamada a la misión, y para ello se precisa orar para descubrir los signos de los tiempos y responder a sus exigencias: «La oración nos vivifica para la misión» (RVFMI, I,52).

2. Algunas características de nuestra oración

El Padre Chaminade tenía conciencia viva de la originalidad de su obra y del carisma recibido del Señor. Por ello oraba y enseñaba a orar de acuerdo con ese don de Dios, con nuestro carisma y nuestra espiritualidad.

La oración será abundante y frecuente, cercana al ritmo de nuestra vida e inspirada en María. De ello encontramos estímulo y ejemplo en el propio Padre Chaminade. «Jamás le vi perdiendo no digo un día, sino ni siquiera una hora de su tiempo en algo que no tuviera que ver con Dios o con la conducción de las personas por los caminos del Señor. Desafío a quien quiera a que me

presente un escrito, una carta, un informe, una instrucción, un ejemplo o un consejo suyos que no lleven a la piedad; no hay otra forma de definir a este hombre sino llamándole hombre de Dios» (Testimonio del Padre Lalanne, recogido por José Simler en *Guillaume-Joseph Chaminade*, pp. 771-772).

Por ello la oración del marianista se caracteriza por ser:

a. Una oración centrada en Jesús y en su Palabra, es decir, una oración de fe

La oración nos arraiga en la fe. Podemos estar seguros de que cuanto más se afirman y extienden las raíces -la fe-, más vigoroso será el árbol (Chaminade, "Segunda conferencia a las Hijas de María Inmaculada, sobre la fe", *Escritos de oración*, 261).

b. Una oración mariana

Nuestra oración se inicia con María y se realiza en su compañía y bajo su inspiración. Ello supone orar como María, orar con María, orar a María.

Orar como María

María nos acompaña en nuestro camino de oración. Este camino está señalado por las diferentes actitudes que María tuvo ante la Palabra. María la escuchó, la meditó, respondió a lo que esa Palabra le pedía; la encarnó, la dio a luz, la proclamó, la siguió. Estas actitudes de María inspiran nuestra oración.

Orar con María

Al orar, renovamos nuestra fe en Dios, en la presencia maternal de María. María está con nosotros al suplicar y al agradecer, al pedir perdón y en la alabanza al Padre. Esta presencia reaviva nuestra esperanza y nuestro amor, y nos lleva a vivir el Evangelio como lo vivió María. María está en la oración y en la vida ordinaria: «Me es imposible hacer oración sin María. Unámonos, pues, a ella en la meditación, y roguémosle que nos haga conocer a su Hijo» (Chaminade, *Escritos marianos*, II, n. 736).

Orar a María

El "A tu amparo", una de las oraciones más antiguas de la Iglesia dirigidas a María, nos sitúa de un modo muy claro en esta actitud de intercesión confiada en María. La oración mariana es uno de los temas frecuentes de nuestro Fundador. A ella invita con convicción y con mucha precisión: «Si los sueños de la naturaleza y de los sentidos oscurecen los resplandores de la fe, si la concupiscencia se exagera, si el gusto por las cosas espirituales se debilita, si el Pan de la vida, las prácticas piadosas y los ejercicios religiosos producen hastío, si sopla el viento de la tribulación, si la desgracia derrama su amarga copa, María está siempre ahí velando con solicitud, haciéndose toda a todos y ayudando con diversos auxilios según las necesidades de cada uno. María enriquece al pobre, protege al tímido, desarma al furioso, toca el corazón del ingrato y no abandona a nadie. Es verdad que la virtud le complace extraordinariamente, pero también el pecador encuentra en ella protección y

refugio» (Chaminade, *Breve tratado del conocimiento de María*, cap. 6, en *El Espíritu que nos dio el ser*. Pag 108, nº 496)

c. Una oración comunitaria

La imagen que inspira la oración marianista es la de María rodeada de los apóstoles, que permanecen en oración y esperan juntos la efusión del Espíritu del Señor. El marianista reza bien, sobre todo en comunidad. La oración para él, aún en el encuentro más íntimo posible, más personal, no es un hecho aislado, un acontecimiento individual. Pertenece al bien de la comunidad y de la Iglesia. Es una riqueza comunitaria compartida. De hecho, en la corriente espiritual actual marianista, la oración es cada vez más una realidad compartida y comunitaria. Esta oración comunitaria pide: orar como comunidad, orar con la comunidad, orar por la comunidad.

Orar como comunidad

Toda comunidad marianista tiene momento para trabajar, programar sus actividades, dialogar... También los tiene para reunirse y constituirse en una comunidad orante formada por personas que interceden. La oración es para ella la fuente de su vida fraterna y de su generosidad para la entrega a la misión compartida.

Orar con la comunidad

Estimula orar con un grupo de hermanos y hermanas. A su vez, la imagen de una comunidad reunida en oración es un testimonio que mueve a la fe; invita a entrar en oración. María también supo permanecer en oración con la comunidad de los apóstoles para que el Espíritu llenase la tierra.

Orar por la comunidad

Cada uno de los miembros de una comunidad marianista es invitado a orar por todos sus integrantes y por las necesidades de la comunidad en su conjunto. Pide la gracia de llegar a tener un solo corazón y una sola alma, a ejemplo de la primera comunidad de Jerusalén.

d. Una oración interior

El marianista vive con mucha interioridad su oración; deja que desde el corazón se contemple el mundo, la vida personal, las relaciones interpersonales. El Espíritu del Señor que ora en nosotros hace que nuestra oración salga de nuestro corazón, dónde él derrama el amor, principal fruto de la misma.

e. Una oración abierta al mundo que nos rodea

Rezamos desde la vida. Sólo orando se ve bien el mundo, y sólo desde el mundo se puede orar al Padre en Espíritu y en verdad. Nuestra espiritualidad, centrada en el misterio de la encarnación, y nuestra cercanía a María nos ayudan a orar desde la realidad cotidiana. Estamos más habituados a pensar y a sentir que la vida va por un lado y la oración por otro; incluso, a

concluir que la vida hay que dejarla aparte cuando vamos a la oración, o que la vida es causa de "distracciones" o dificultades en la oración... Sin embargo, hay que llevar la vida al encuentro con Dios, y hay que dejar que Dios nos lleve a la vida. «Para un cristiano, todo puede y debería convertirse en oración. Hagamos todo por Dios, mi querida amiga, y entonces todo se volverá oración» (Adela de Tranquelléon, *Cartas*, n. 277, a Águeda Diché).

Conclusión de la primera parte: El por qué de una propuesta

No hay duda de que existe una interacción entre el itinerario bíblico de oración y el itinerario que los marianistas han seguido y se han propuesto recorrer. Sin embargo, no todos descubrimos o establecemos debidamente esta interrelación enriquecedora. La Biblia nos acerca, en su testimonio de la revelación encarnada en la vida del Pueblo, a una experiencia del misterio de Dios. Algo parecido, salvando las distancias, intenta hacer la espiritualidad marianista, porque el Espíritu de Dios ha seguido hablando en la historia de la Iglesia y en nuestra pequeña historia familiar. El misterio de Dios Padre deja su propia impronta en los marianistas, y sobre todo en su oración. Para admirarlo y descubrirlo, hay que acertar a leer y asumir la Escritura con los ojos del marianista. En la Biblia se encuentran los textos que permiten desarrollar de un modo vivo y adaptado a cada cual lo que, a primera vista, puede parecer un esquema abstracto en el camino marianista. Este encuentro entre la Palabra y la vida se realiza en la oración. Al orar, nos capacitamos para llevar audacia y lucidez al vivir diario; al mismo tiempo, la calidad de nuestra acción es la piedra de toque de la cercanía al Señor.

A su vez, este camino es un medio para evitar perderse en el conjunto de la Escritura, y para atenerse a lo esencial de la misma y ahondar en aquello que está más en sintonía con el espíritu marianista. A través de este espíritu se vive de una manera compendiada el misterio total, desde la visión concreta que el marianista tiene de Cristo y del Reino. Cada palabra tiene su sentido, y cada paso conduce a iniciar una nueva etapa. El itinerario espiritual marianista nos centra, a su modo, en lo esencial de toda vida cristiana.

En todo camino hay un caminante misterioso que nos rebasa: el Espíritu Santo. Por su fuerza nos hacemos testigos (Hch 1, 6-8). Por eso, nuestra acción en esa situación será tanto más acertada cuanto mejor asumamos el ser movidos por la acción de ese mismo Espíritu. Para nosotros también cuenta la presencia misteriosa de María. Con ella nos llega su espíritu de verdad, de amor y de libertad.